

ELOGIO DEL PROFESOR JOSÉ MARÍA QUINTANA CABANAS (1930-2013).
SU CONTRIBUCIÓN A LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO PEDAGÓGICO

El 31 de mayo de 2013 fallecía en su domicilio de la ciudad Condal el doctor José María Quintana Cabanas, que fue profesor de la Universidad de Barcelona, de la Autónoma de Barcelona y de la UNED (Madrid). Gracias a una sólida formación humanística despuntó en diversos campos del saber: filológico, con estudios etimológicos y traducciones del alemán; filosófico, ya que sobre el poso aristotélico-tomista siempre mantuvo un diálogo con las distintas corrientes de pensamiento, y pedagógico, descollando en diferentes ámbitos como la Sociología de la Educación, la Teoría de la Educación y la Pedagogía Social. Su extensa y valiosa producción bibliográfica confirma su valía intelectual que se caracteriza –entre otras notas– por su independencia ideológica, al margen de modas y componendas. De hecho, y de acuerdo con la tradición de la pedagogía perenne, supo situarse en un oportuno término medio, lo cual le permitió dialogar con todas las corrientes del pensamiento, aceptándolas en aquello que resulta plausible y combatiéndolas cuando lo exige la honestidad intelectual y la responsabilidad profesional.

El profesor Quintana, que estudió en Múnich junto al profesor Reinhard Lauth (especialista en Fichte), se familiarizó con un estilo de pensamiento de carácter espiritual e idealista que, en su caso, entronca con la filosofía perenne y se abre al mundo de los valores. En esta dirección, Quintana mostró una especial predilección por aquellos pensadores como Fichte y Blondel, que han destacado que el hombre comienza su actividad espiritual con el ejercicio de su libertad. De ahí, la importancia de la acción –«en el principio era la acción» (Goethe)– de modo que vivimos no para pensar, sino para hacer. Se trata, en cierto sentido, de un *élan* espiritual que nos mueve a actuar y que toma carta de verdadera naturaleza educativa en el idealismo pedagógico alemán. Ello significa que el hombre comienza su actividad espiritual con el ejercicio de su libertad porque es la libertad –y no el mero pensamiento– lo que hace al hombre. En cierto sentido, y parafraseando al mismo Quintana, podemos añadir que en su caso el *Homo vivens* gana la partida al *Homo cogitans*, tal como lo ha presentado una modernidad que ha exaltado la frialdad cognitiva y la abstracción intelectual: los primeros pasos de la filosofía se hacen andando, no tanto pensando.

En consecuencia, Quintana señala que sólo a partir de la razón práctica se pueden afirmar los valores, admitiéndolos libremente porque la naturaleza (el reino de la necesidad) debe subordinarse a la libertad. Sin embargo, el profesor Quintana –fiel a su actitud realista– evitó caer en un subjetivismo axiológico aunque insistió en la importancia de la persona en aceptar unos valores que poseen una estructura objetiva. La razón es creativa, aunque no arbitraria. Por tanto, la afirmación axiológica tiene un carácter de verdad porque parte del presupuesto de que el mundo tiene un sentido. De ahí justamente que cada hombre pueda desarrollar su propia filosofía y elaborar su cosmovisión particular. Por ello, la única solución posible radica en que el mismo hombre quiera verlo, lo afirme y lo reconozca porque –de acuerdo con Lavelle– «el mundo no tiene sentido por sí mismo: somos nosotros quienes le damos un sentido». De este modo, el axiologismo de José María Quintana insiste en que la valoración es el principio de la Filosofía porque es el principio de todo lo mejor que hay en el hombre. Valorando nos hacemos personas dignas. De modo que si el amor es el más excelente de todos los valores, su axiologismo –que posee una clara dimensión agustiniana– puede reducirse al siguiente apotegma: *Amo ergo sum*, sentencia que Quintana utilizó como fórmula para su *exlibris*.

Entre los innumerables méritos que atesoró el profesor Quintana destaca el haber defendido con ahínco y acierto –en ocasiones desde la soledad y la incompreensión– la Pedagogía, al no compartir la disolución postmoderna del saber pedagógico, y menos aún que la Pedagogía se haya volatilizado entre el magma de las Ciencias de la Educación. En su opinión, no pueden las Ciencias de la Educación sustituir a la Pedagogía, simplemente porque ambas tienen perspectivas diferentes: lo que las une es el estudio de la educación (objeto material); lo que las distingue es el aspecto que estudian de la educación (objeto formal). En realidad, la educación es una realidad semántica doble, según se la considere *in fieri* o *in facto esse*; lo primero lo estudia la Pedagogía, y lo segundo las Ciencias de la Educación. En el primer caso tenemos una ciencia «práctica», normativa (la Pedagogía), mientras que en el segundo surgen unas ciencias teórico-descriptivas (las Ciencias de la Educación). Objeto de la primera es el «acto educativo» (o acción de educar), mientras que las segundas se ocupan del «hecho educacional», o sea, de los fenómenos educacionales.

A la vista de esta distinción, el profesor Quintana sostuvo la coexistencia de la Pedagogía con las Ciencias de la Educación. En realidad, la denominación «Pedagogía» tiene una extensión menor que «Ciencia de la educación» y «Ciencias de la educación». De hecho, la Pedagogía no es como las demás ciencias de la educación, lo cual da lugar a todo un conjunto de Ciencias «pedagógicas», distintas de las «Ciencias de la educación» e incluidas en el árbol de la Ciencia de la educación (o Educología). De acuerdo con este planteamiento, Quintana trazó un esquema en que la ciencia general de la educación –Educología– se escinde en dos grandes bloques: las «Ciencias de la Educación» y las «Ciencias Pedagógicas» (o «Pedagogía»), que constituyen dos familias completamente diferentes, tanto por su objeto de estudio como por su carácter epistemológico. La primera familia corresponde a las «Ciencias de la Educación», que son disciplinas de carácter descriptivo o teórico, y su especialista no es el pedagogo, sino el sociólogo, el economista, el historiador, el biólogo, el psicólogo, etc. La segunda familia corresponde a las «Ciencias Pedagógicas» o, simplemente, la «Pedagogía», estudiando, regulando y normativizando el acto o la acción de educar, en todos los casos y bajo todos sus aspectos. La Pedagogía General pone las bases y la estructura de esta ciencia y define y regula la llamada «educación general» de la persona. Los distintos aspectos de esa educación humana son tratados por las ramas especiales de la Pedagogía: Pedagogía Social, Pedagogía Intelectual (o Didáctica), Pedagogía Moral, Pedagogía Familiar, Pedagogía psicológica (que no es lo mismo que la Psicología de la educación o Psicología pedagógica, que es una de las «Ciencias de la Educación»), Pedagogía Especial, Pedagogía estética, etc. Todas estas ciencias son ciencias «prácticas», de carácter normativo, y su especialista es el pedagogo, que ha de ser experto en «Ciencias pedagógicas», no en «Ciencias de la Educación». Por consiguiente, carece de sentido que alguien



EL DR. JOSÉ QUINTANA EN UNA DE SUS ÚLTIMAS FOTOS.

pretenda ser «especialista en Ciencias de la Educación», pues, al tratarse de un número de ciencias muy diferentes, es imposible que una persona sea especialista en todas ellas, y también por el hecho de que sus objetos son enormemente dispares. Ser especialista en Pedagogía, en cambio, tiene perfecto sentido, y constituye una profesión interesante.

Por lo demás, se puede describir el árbol de la Ciencia de la Educación, a partir del esquema de Porfirio de la existencia de «ramas» científicas en un corpus que adopta, análogicamente, la figura de un árbol. Según este esquema, el profesor Quintana sostiene la existencia de unas raíces que son las Ciencias de la Educación (Sociología de la Educación, Filosofía de la Educación, Historia de la Educación, Psicología de la Educación, Biología de la Educación, Economía de la Educación) que adquieren el significado de Ciencias auxiliares de la Pedagogía. Estrictamente no son Pedagogía, pero han de estar en el currículo de las disciplinas que la estudian. Por su parte, en el tronco del árbol encontramos dos disciplinas capitales: la Pedagogía General –que ha sido suplantada por la Teoría de la Educación, sin darse cuenta de que ésta no es más que una parte de aquélla– y la Historia de la Pedagogía, que desde hace años se identifica con la Historia de la Educación aunque no son idénticas ni equivalentes. Así pues, el profesor Quintana no confiaba en la Historia de la Educación (que entendía que es una hija de la Historia General y, por ende, una Ciencia de la Educación) sino en la Historia de la Pedagogía, disciplina propia y característica de la Pedagogía y que, por tanto, constituye una Ciencia de la Educación.

Quienes fuimos discípulos de sus enseñanzas en la Universidad de Barcelona siempre tuvimos bien presente este enfoque histórico-pedagógico que nos hacía sentirnos un tanto

incómodos con una Historia de la Educación que abandona a menudo su dimensión pedagógica, es decir, su carácter normativo-práctico. De ahí la importancia que –bajo su magisterio– conferimos al pensamiento pedagógico, más acorde con el plan de estudios que debiera impartirse en una Facultad de Pedagogía. Está claro que el profesor Quintana no se dedicó a la Historia de la Pedagogía en sentido estricto, pero no es menos verdad que en sus tratados (de Teoría de la Educación, Pedagogía Social, Pedagogía axiológica y Pedagogía estética) la génesis y desarrollo de las distintas cuestiones temáticas ocupan un lugar preferente. A fin de cuentas, Quintana era consciente de que si se pretende construir una Pedagogía Sistemática –esquema que aprendió junto a sus maestros Tusquets y Sanvisens– se necesita de la Historia de la Pedagogía y de la Pedagogía General, materias que –como hemos visto– hoy han sido devaluadas a la Historia de la Educación y Teoría de la Educación, respectivamente. Incluso, la cosa es más grave porque a veces la Teoría de la Educación se ha convertido en un cajón de sastre en que se explican diversas teorías pedagógicas que –en esencia– no son más que aproximaciones, a veces un tanto superficiales, al pensamiento de algunos autores más o menos representativos de la pedagogía contemporánea, con vínculos cercanos al movimiento de la Escuela Nueva.

Antes de poner fin a esta glosa sobre el profesor Quintana conviene destacar su papel como traductor de diferentes autores de interés pedagógico (Kant, Fichte, Hegel, Feuerbach, Schleiermacher, etc.) y, especialmente, Pestalozzi, con quien compartía una visión amorosa del mundo y de las cosas. En efecto, en más de una ocasión nos comentó su apego por la pedagogía de Pestalozzi –el apóstol de la enseñanza primaria–, si bien con el paso del tiempo nos hizo partícipes de algunas críticas. Por ejemplo, sobre lo deslavazado y reiterativo del pensamiento de Pestalozzi, valoraciones que no fueron suficientes para poner fin a su tarea de traductor. Frecuentaba las bibliotecas para rastrear los textos originales de Pestalozzi, cuyas traducciones se desconocían en nuestro país, de manera que –una vez localizados– procedía a su traducción. Esporádicamente contaba con el soporte de alguna institución benemérita, pero por lo general todo corría a su cargo: los gastos de la traducción, las muchas horas que dedicaba y la ímproba tarea de buscar un editor que asumiese la publicación en cuestión. Sin ánimo de ser exhaustivos citamos las siguientes traducciones de Pestalozzi: *La velada de un solitario y otros escritos* (2001); *Sobre legislación e infanticidio: 1780/1783* (2002); *Algunos escritos sociales* (2003); *El canto del cisne* (2003); *Mis investigaciones: sobre el curso de la naturaleza en la evolución de la humanidad* (1797); *Cristóbal y Elsa, y ensayos sociopolíticos* (2004); *El libro de las madres y otros escritos* (2004); *Los destinos de mi vida y otros escritos* (2005); *La Carta de Stans y otros escritos* (2005); *Alocución a su instituto (1818) y otros escritos* (2006); *Cartas sobre educación infantil* (1988, 2006); *Sobre la idea de educación elemental* (2006); *Algunos escritos políticos* (2007); *Leonardo y Gertrudis: tercera parte (1785) y cuarta parte (1787)* (2007); *Opiniones, experiencias y medios para fomentar un estilo de educación adecuado a la naturaleza humana y otros escritos* (2008); *Pestalozzi a su época (1802-1803)*; *Opinión sobre un seminario de maestros en el cantón de Waadt, 1805-1806* (2008); *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos: ensayo de cartas con directivas a las madres que enseñan a sus hijos (1801)*, etc. Con independencia de estas traducciones –la mayoría vertidas al castellano por vez primera gracias a su esfuerzo– también editó *Leonardo y Gertrudis: libro para el pueblo. Primera y segunda parte*, con un estudio preliminar, aprovechando la versión de Andrés Ovejero (2009).

Sin desmerecer esta ingente tarea traductora, y como colofón a la misma, el profesor Quintana Cabanas dio a la imprenta antes de morir un valiosísimo original, con el título *Pensamiento pedagógico en el idealismo alemán y en Schleiermacher*, que gracias a los buenos oficios del profesor Javier Vergara ha publicado la Biblioteca de Autores Cristianos (2013). Se trata de una espléndida obra en que se recoge un pormenorizado análisis de la pedagogía alemana desde la época neohumanista (que se inicia hacia 1780) hasta comienzos del siglo XX, con amplias referencias a la pedagogía de Rudolf Steiner y al neoidealismo italiano (Gentile). A través de este largo itinerario se rastrean el neoclasicismo

alemán, el romanticismo, la filosofía romántica e idealista y la pedagogía idealista y trascendental. De este modo, se procede a una revisión de la pedagogía de Fichte (incluyendo diversas traducciones como los *Diarios referentes a la educación de los hijos de la familia Ott*, 1788-1789; *Aforismos sobre educación*, 1804; *Sobre lo que es el erudito y sus manifestaciones en el ámbito de la libertad*, 1806; *Lecciones sobre la misión del erudito*, 1811; *Características de la época actual*, 1806), de Schelling, de Hegel (incorporando diversos textos entre los que destacan los *Discursos en el Gimnasio de Núremberg*, 1809-1815; *Sobre la enseñanza de la Filosofía en los gimnasios* [1812], y de Schleiermacher, de quien traduce su tratado de Pedagogía de 1813. En pocas palabras: por vez primera la literatura pedagógica española posee un tratado sistemático (textual e interpretativo) del idealismo educativo alemán.

Tampoco podemos dejar en el tintero las antologías que elaboró (*Educación social: antología de textos clásicos*, 1994; *Textos clásicos de pedagogía social*, 1999), siempre buscando originales inéditos que casi nunca habían sido traducidos con anterioridad. A pesar de haberse jubilado hace unos años de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), de la que fue profesor emérito, no dejó nunca de trabajar, como bien confirma el libro póstumo sobre el idealismo pedagógico que hemos comentado. A menudo lo saludábamos en la Biblioteca del Campus Mundet de la Universidad de Barcelona, a la que cedió muchos libros de su biblioteca particular. Pocas semanas antes de su fallecimiento tuvimos la suerte de compartir una animada conversación en el Departamento de Teoría e Historia de la Educación de la Universidad de Barcelona. Por aquel entonces, en el mes de marzo de 2013, y después de publicar dos de sus últimos libros (*Historia de la ascética y de la mística cristianas*, 2012; *Ni lobo ni cordero: el hombre es un ser mejorable*, 2012), todavía nos hablaba ilusionadamente de nuevos proyectos. Persona de fuertes convicciones religiosas, estamos convencidos de que el profesor José Quintana Cabanas ha alcanzado la paz eterna, después de una trayectoria vital ciertamente ejemplar, dedicada con ahínco y abnegación a la docencia y a la investigación, las dos auténticas razones de ser del quehacer universitario.

CONRAD VILANOU TORRANO
Universidad de Barcelona